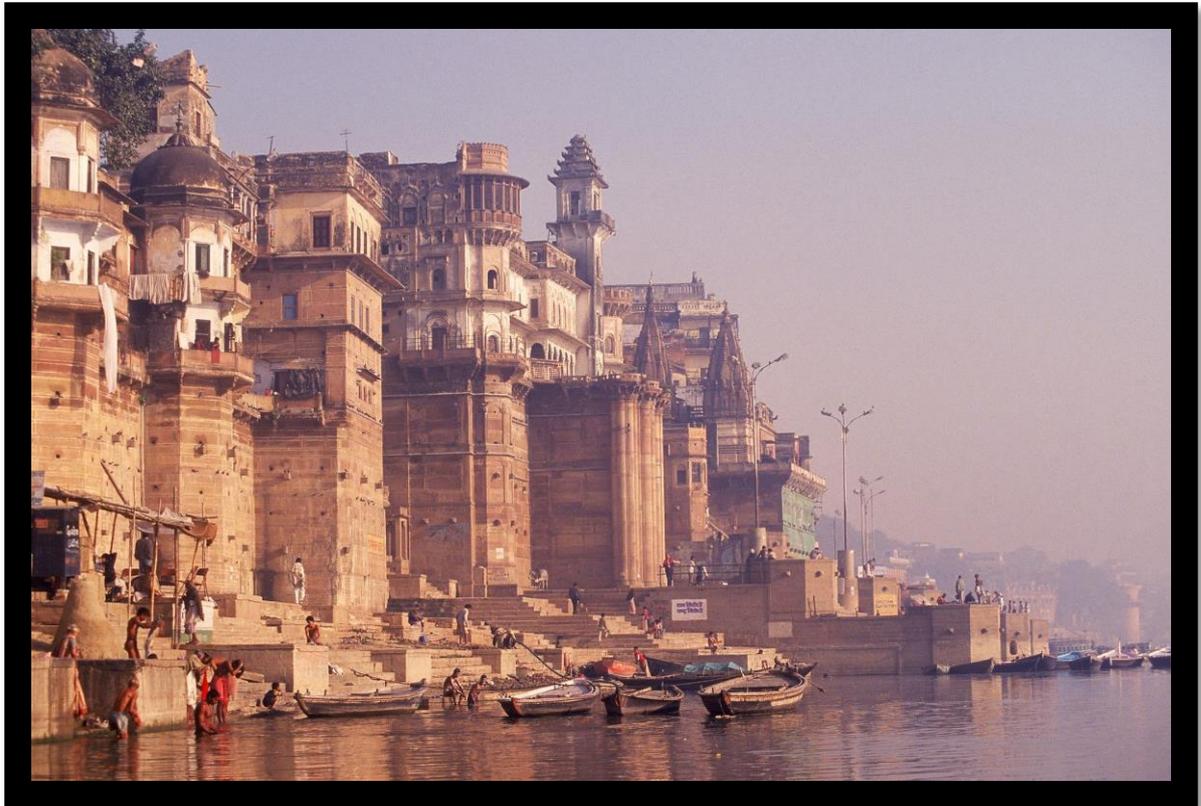


Un convoy con destino Benarés



Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô 2017

Nueva Delhi me recibió una madrugada del mes de Julio sumergida en los monzones. El calor era sofocante; los tumultos, multitudinarios; el desorden estaba a la orden del momento. Vendavales de miradas se cruzaban en todas las direcciones tratando, inocente e ingenuamente, de entender las razones de mi presencia entre sus vidas, unas vidas cuajadas a una velocidad superior a las nuestras donde los niños son jóvenes, los jóvenes adultos y los adultos ancianos.

Había llegado de nuevo a la capital después de algunos años de ausencia en los que entraba a través de los aeropuertos de Mumbai, Kolkatta o Chennai. A conciencia la había esquivado, por resultarme demasiado adversa para iniciar, con buen ánimo, una nueva andadura por los caminos de aquel país casi imposible.



Hacia años, a la vuelta de un memorable recorrido desde el apartado Sikkim al borde de la inanición, paré por última vez en Nueva Delhi. El peso de aquellos días aún estaba muy presente en mi memoria y su sólo recuerdo suponía un freno severo para optar de nuevo por ella.

Sí. En aquella ocasión, después de varios días de tren, me desmoroné en la *Old Delhi*, para restar allí, en un hotel desvencijado, lo poco que quedaba de viaje; recuperar, en la medida de mis posibilidades, mi precaria salud; y deambular, lo justo y necesario, por unas calles que a mí se me antojaban más que agresivas.

Nunca más volvería a Delhi, me había prometido a mí mismo. Pero allí estaba de nuevo, repitiendo mis equivocaciones.

Quise equilibrar mi percepción de la realidad buscando en mi equipaje momentos de gloria, para justificar con ellos mi decisión y no maltratarme en demasía. En efecto, había vivido algunos acontecimientos significativos y, esto, a pesar del caos reinante en la ciudad, como aquella tarde, siempre presente, en la que me topé, en

la *Casa de Rusia*, con un sinnúmero de dibujos miniaturizados del gran Roerich. Después, Natasha Tchekurova y Elena Berdjana –sus *almas mater*- me concedieron una entrevista. Había coincidido con Natasha en el Roerich Museum de Moscú y no fue difícil acceder a la información que les solicitaba. Solamente por aquella oportunidad había merecido la pena tragar el humo negro de los desvencijados automóviles, caminar, sorteando obstáculos impensables, o dejarme abrasar por el sol, que no era, precisamente, benévolo.



Old Delhi

Acometí las cuarenta y ocho horas que se presentaban por delante con la mayor dignidad y celeridad posible. Después, habiendo comprado mi billete al borde ya del cartel de completo; digerido en forma de comida las primeras razones para una posible, y más que segura, indigestión; matado algunos mosquitos intransigentes que pretendían inocularme quien sabe qué; o esquivado a más de un viandante sin rumbo que pretendía conducirme a una tienda de *souvenirs* con “todas las posibilidades y unos precios más que asombrosos” -algo que estaba en las antípodas de mis intereses, desde luego- marcharía, libre, hacia el Este, abandonando, una vez más, el corazón de Haryana.

Sí. Pasados dos días estaba finalmente subido a un tren que me conduciría a Varanasi, una de mis metas y, también, destino final de muchos hippies de los sesenta y setenta, con algunos de los cuales viajaba, pues llevaba conmigo sus libros y formaban parte del peso en mis alforjas.

Benarés –siempre me ha gustado llamarla así, aunque es su nombre inglés- siempre tuvo para mí un halo de misterio, apartamiento y espiritualidad: algo que había escuchado de otros, leído en muchos y soñado siempre.

Siempre me gustó la sensación de iniciar viaje pasada ya la hora del crepúsculo, cuando todos parecen volver a sus casas y quedan solo en pie: vagabundos, errantes y viajeros.

Cruzar Uttar Pradesh resulta un ejercicio incomparable de color, olor y ruido. Embriaga sobremanera, esa manera abigarrada de moverse que es el tren. El destino va mostrando las intimidades de la India rural: el agua del monzón, causando estragos entre los pueblos; una marea de vida sin igual que baja y sube constantemente de esa serpiente multicolor que forman los innumerables vagones de un convoy en India. Todos los tipos humanos, que una mente pueda concebir, se han dado cita aquí; también el barro, convertido en juego para los niños, vivienda para las familias campesinas, lugar de descanso para los búfalos.



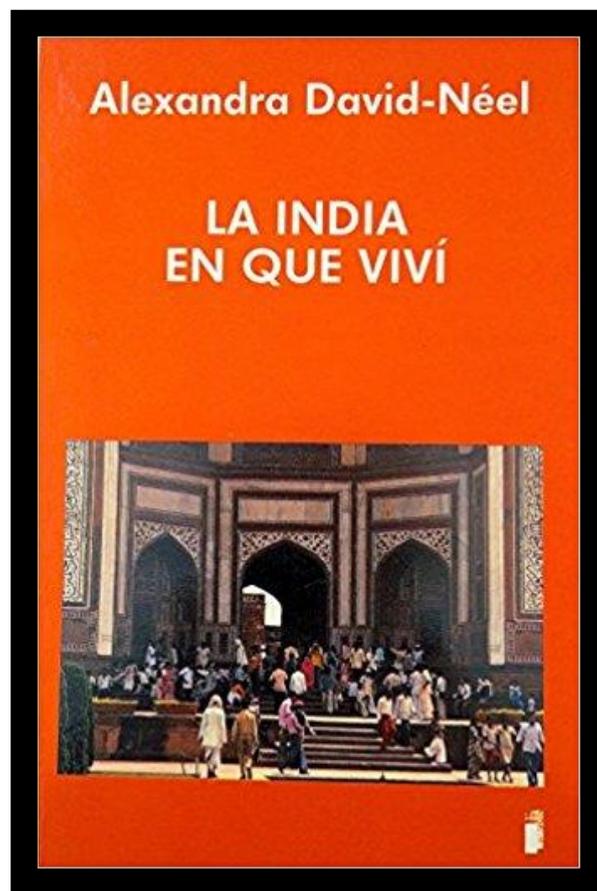
Después de los caminos húmedos, más allá del calor sofocante, soportando la congestión de una tormenta estival y superando una noche y un día al filo del ventilador, aparece, vespertina, Varanasi, esa ciudad mítica que Alexandra David Neel nos hiciera amar a todos en su magnífica obra: *“La India en que vivi”*.

La excelente escritora, viajera y exploradora francesa, que había residido en Varanasi durante largos años, nos deleita en su libro con algunas extraordinarias descripciones del ambiente social, cultural, político y espiritual de la Ciudad.

Había leído con fruición gran parte de su obra literaria, incluidos sus diarios, y no dejaba de pensar en la grandeza de la epopeya vital de aquella mujer, su valiente opción -definitivamente abierta al conocimiento, a la investigación y al descubrimiento de Oriente- y una determinación absoluta con su verdadera pasión -la exploración-, algo que le condujo a ser pionera en su campo y pisar por vez primera algunos de los lugares entonces inaccesibles para muchos otros verdaderos viajeros, como ocurriera al entrar en la ciudad de Lhasa, en Tíbet, tras muchos años de estar cerrada a los no tibetanos.

Con toda la carga emotiva de su palabra escrita, la escritora hacía mención especial a los *sadhus* de Varanasi, esos hombres santos que vivían en las orillas del sagrado Ganges y que habían dejado atrás posesiones mundanas o relaciones familiares para acometer el último período de sus vidas asentados cerca de esa corriente de agua que les nutría y daba vida, les reconfortaba y, finalmente, les ofrecía descanso definitivo.

Iba yo impregnado de la memoria de Alexandra David Neel cuando acometí mi primer encuentro con el río. Procedente de los Himalayas, el sagrado Ganges, recorre el Subcontinente Indio de Oeste a Este, para desembocar, a través de Calcutta, en el Golfo de Bengala. Y es allí, en Varanasi, donde su aspecto adquiere una majestuosidad incomparable.



Siguiendo los consejos de mi mentora, me dispuse a realizar mi propio ritual de purificación y, con las primeras luces del alba, enfilé hacia mi destino con diligencia, pues se hace el camino temprano, vestido de blanco, en silencio y ayunas, como mandan los cánones.

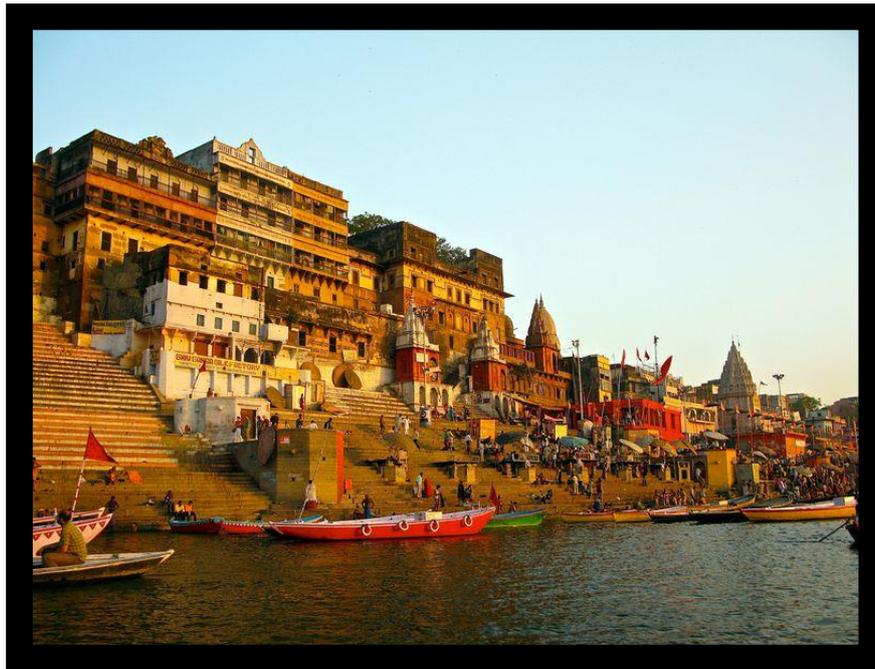
Como muchos otros peregrinos, salía a buscar la vida, su plenitud, el éxtasis, la belleza y el amor mismo, aunque me toparía con una de sus dimensiones más lúgubres, la última de las dimensiones, el adiós, la despedida, el acto de Fe de un

hombre ante Dios, ante el interrogante de su futuro: la cremación, la desaparición física de un ser humano.

Con las primeras luces del alba una variedad humana sin par comenzaba a precipitar sus pasos hacia el río. Eran las cinco de la mañana y comenzaban los baños rituales que limpian los cuerpos y almas de los hindúes. Primero eran los hombres santos quienes se aproximaban a las orillas del río, *sadhus* y yoguis que venidos de cualquier rincón de la vieja India -los había de Rajastán, Himachal Pradesh, Tamil Nadu, Kerala, Bengala y, por supuesto, de Uttar- recitaban plegarias, hacían abluciones bajo el agua fría, limpiaban sus entrañas, bebían sin cesar un agua teñida de barro, lavaban sus vergüenzas y, finalmente, acercaban sus almas al altísimo dispuestos a iniciar un nuevo día con el sumo deber de la limpieza espiritual bien cumplido.

A continuación, una muchedumbre sin identidad se aglomeraba en torno a los cuantiosos *ghats* que bajaban sus peldaños hacia el agua. Era entonces cuando la vida hablaba, se estremecía, gritaba su hálito más íntimo despertando oídos estupefactos, abriendo ojos como soles y cerrando bocas, pues el silencio, bajando el río, era total.

Desde muy temprano, las piras funerarias llevaban a cabo los rituales. Éstos comenzaban con la construcción de columnas de madera dispuestas de tal forma que podían dar cabida a un cuerpo humano en toda su extensión. La madera es en la India un elemento costoso y las familias de los difuntos costean unos precios elevados para poder realizar la cremación de sus seres queridos.



Generalmente las mañanas eran tranquilas pero al atardecer el número de cadáveres comenzaba a ser un problema. Un cadáver tarda alrededor de tres horas en consumirse y allí acudían multitudes de peregrinos, moribundos y fieles de toda

casta y condición social para cumplir con su último deseo. Las cremaciones se sucederían desde el alba hasta el ocaso.

Los familiares, vestidos de blanco riguroso, acompañaban al difunto en todo el proceso hasta que sus restos eran, finalmente, depositados en las aguas del río. Tras esto, los varones se afeitaban la cabeza, se sumergían en el agua y guardaban un mes de duelo por la muerte del ser amado.

No todos los cadáveres eran quemados; no los niños menores de 12 años, tampoco las mujeres en estado de gestación, los hombres considerados santos, los leprosos, ni, tampoco, los animales. Todos ellos, inocentes ante los ojos de Dios, eran respetados tras su muerte pero igualmente sumergidos en las aguas del Ganges.



Había tomado una barca para remontar el río y tener una perspectiva completa de los principales *ghats*. Quería llegar a Manikarnika *ghat*. En viajes anteriores había tenido ya ocasión de visitarlo pero aquella vez iba a ser diferente. La actividad era frenética a primera hora de la mañana y continuaría siendo así durante toda la jornada. Las cremaciones son siempre impresionantes y ponen de manifiesto nuestra volatilidad, lo efímero de nuestros cuerpos y la transitoriedad de cuanto nos rodea. Aquellos cuerpos anónimos eran rápidamente colocados por los “*doms*” en las piras funerarias, para lo cual se ayudaban de largas pértigas de bambú que dominaban a la perfección y con las cuales giraban los cadáveres a uno y otro lado hasta ser total o parcialmente consumidos por el fuego.

Dashahwamedh *ghat*, muy cerca, me traía buenos recuerdos. No me defraudó. Viniendo de Manikarnika este *ghat* era un bálsamo para el espíritu. Aunque ocupado hasta sus rincones más pequeños, era un lugar tranquilo, una vez transcurridas las primeras horas del día.

Después de sentarme junto a los *sadhus*, darme un masaje en un pequeño establecimiento y dejar que me leyeran las líneas de la mano, me dejé llevar frente al río y allí permanecí, meditando, sintiéndome, al menos por un breve instante, parte de esa corriente infinita de deseos y voluntades que confluye allí cada mañana. Saqué el *Sidharta* de Hesse, uno de mis incondicionales, y comencé a leer aquel pasaje en el que Vasudeva, el barquero, le explicaba al Buda que el río es siempre diferente, que nada permanece, que todo fluye y se transforma, estableciendo con su parábola una analogía entre la corriente del Ganges y la propia existencia.

Se sucedían las jornadas entre los ghats y la meditación hasta que una mañana, subiendo desde Tulsidas *ghat* para ser una vez más testigo de aquella luz increíble que provenía, siempre, de la otra orilla del río, me encontré con algunos luchadores de *Kushti*, que subían y bajaban las majestuosas escaleras de Anandmai *ghat* para ejercitar sus piernas.



Hanuman Vayamsala akhara

Su *akhara* –escuela- estaba muy próxima al río y aprovechaban las escalinatas para fortalecerse y, una vez finalizada su sesión de trabajo, bajar al Ganges para bañarse en sus aguas.

En Varanasi, el *Kushti* mantiene con fuerza la tradición de la lucha cuerpo a cuerpo, siendo una forma de combate con una historia reconocida de cuatro siglos pero con aspiraciones a tener, como ocurre con el *Kalarippayattu* de Kerala, un origen milenario.

Es conocido que durante los siglos XIX y XX se llevaron a cabo numerosas y periódicas demostraciones de los deportes populares y de las artes marciales autóctonas de India. Las escuelas estaban financiadas por grandes rajás, siendo ellos quienes esponsorizaban los combates de los más afamados campeones. Éstos

últimos son ahora los valedores de los centros de enseñanza que se mantienen abiertos en la ciudad de Varanasi.

Según algunos cálculos, existen en la actualidad más de veinte *akharas* en la ciudad, encontrándose todos ellos diseminados a lo largo de las orillas del Ganges, manteniendo con él una conexión que va más allá de la higiene diaria.

El *akhara* de un *kushti* tradicional mantiene un lugar destacado para el *poothara*, donde está representada la divinidad. El terreno destinado a la práctica está cubierto de arena y es aquí donde se desarrolla la lucha. Al igual que ocurre en otras tradiciones, los practicantes de *Kushti* se ejercitan con herramientas artesanales, utilizando para este propósito: *joris* (pesados cilindros de madera), *gadas* (grandes piedras), *nal* (piedras cilíndricas), etc.



Sirayan Gurukkal

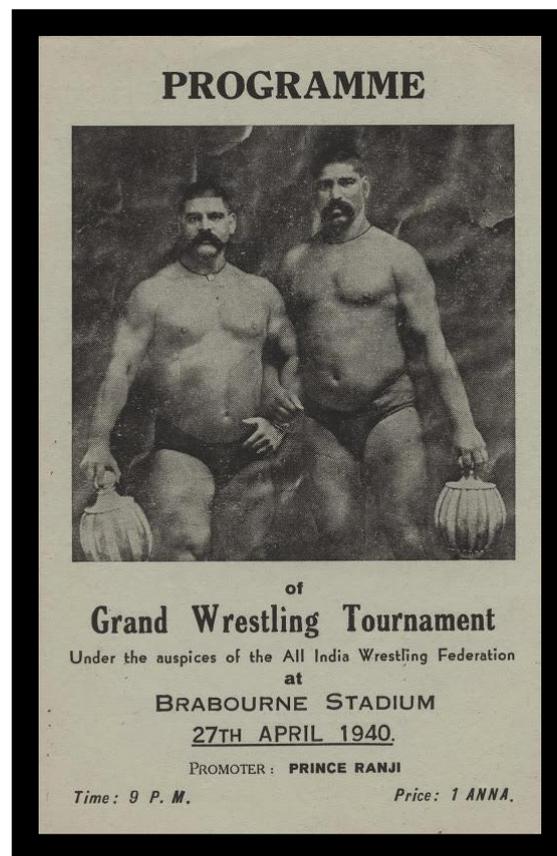
Visité distintos *akharas* situados, siempre, cerca de los *ghats*. La práctica del *kushti* se desarrollaba en un horario inusual, de cuatro a seis de la mañana. El *gurukkal* del *Hanuman Vayamsala Akhara*, el señor Siyaram, era siempre el primero en llegar y, también, el último en salir del recinto. Una vez finalizada la práctica, estudiantes y profesores bajaban al río, para entregarse a un último ritual de abluciones y limpieza interior.

Entrar en un *akhara* de *kushti* es atravesar el túnel del tiempo y despertar en un mundo aparte. Los luchadores (*pahalwans*), embarrados por el lodo o teñidos en ocre por el contacto con la arena, trabajan en fraterna colectividad, estrechando lazos que van más allá de lo deportivo, fortaleciendo en el quehacer diario los valores propios de la lucha: voluntad, bravura, lealtad y coraje.

Algunos dicen que mucho antes de la conquista del Imperio Mogol (siglo XVI) se practicaba en Uttar Pradesh una forma autóctona de lucha. No obstante, si fue o no

el *kushti* un deporte de combate que trajeron los invasores mogoles, lo que sí es bien cierto es que los hindúes adaptaron esta forma de lucha a su propia concepción de la vida, introduciendo en ella sus rituales religiosos y dedicando sus esfuerzos a las divinidades de su propio panteón; además, asociaron el combate a sus códigos éticos, a sus normas higiénicas y a sus dietas, así como otros aspectos de contenido moral: celibato, abstinencia sexual, etc.

Los antiguos *pahalwans* eran también *brahmacharias*, es decir, estudiantes que se sometían a un estricto celibato y consagraban su tiempo, exclusivamente, al estudio de su disciplina. Su gurú –maestro– no era únicamente su instructor, era, además, su guía espiritual y a él se le debía devoción y respeto. En nuestros días, esta situación está lejos de darse y las obligaciones laborales y familiares alejan a la juventud de los viejos patrones conductuales que rigieron en la antigüedad.



Si en un principio las castas superiores fueron las que se apropiaron de las *akharas* tradicionales, en nuestros días todas ellas son partícipes de un mismo trato dentro de una escuela y a ella concurren estudiantes de todos los estratos sociales: *Yadavs*, *Thakurs*, *Brahmins*, *Dhobis*, *Chandals*, *Chamars*, *Nayees*, etc.

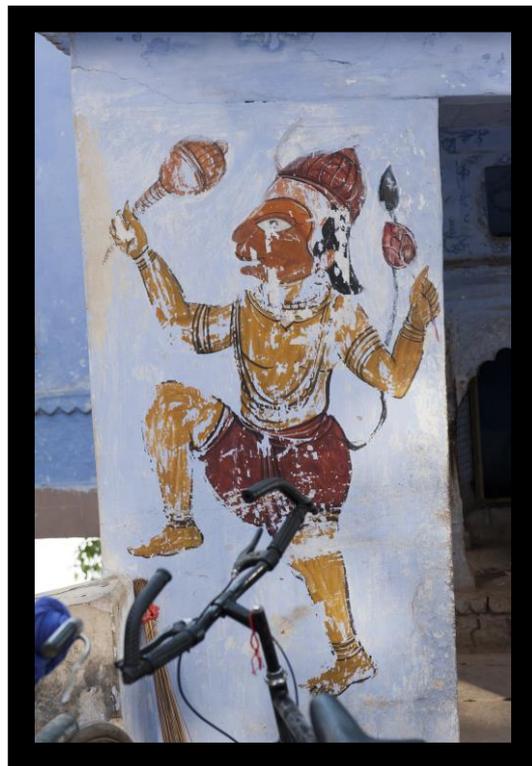
Otra cuestión, bien distinta, son las opciones religiosas, que sí han causado divisiones entre las escuelas. Aunque existen *akharas* en las que los *pahalwans* profesan el Hinduismo o el Islam, éstas no son muy frecuentes. Generalmente, la segregación por razones de identidad religiosa es un hecho en el contexto de las

escuelas de *kushti* de Varanasi. Finalmente, la decisión de optar por una u otra línea de actuación depende, exclusivamente, del *gurukkal*.

El *kushti* sitúa en la cúspide de su panteón a Hanuman, el dios mono, a quien todos deben respeto y rezan a diario ligando a su protección: suerte, fortuna, presente y porvenir.

Hanuman aparece siempre sujetando en su brazo derecho una *gada* y así lo emulan los *pahalwans*, especialmente los campeones, cuando son fotografiados *gada* en mano tras sus victoriosos combates.

Todos los *pahalwans* tocan el suelo del *akhara* nada más entrar en él para después estampar ese polvo en su frente en señal de veneración. En el interior del *akhara*, la estatua de Hanuman preside todos los eventos y vigila el trabajo que realizan los luchadores. El dios mono está pintado de rojo, siendo esta es la razón por la cual los estudiantes de *kushti* llevan un *langot* (taparrabos) de ese color.



Hanuman

En la actualidad, es muy común que se realicen demostraciones y competiciones (*dangals*) de *kushti* en los más conocidos festivales que acontecen en Benarés, tales como: Janamashtami, Shivaratri, Holi, Diwali, Valmiki Jayanti, Nagapanchami, etc.

En estos encuentros los directores de las *akharas* agasajan a sus benefactores, entregándoles guirnalda de flores en una ceremonia de bienvenida denominada

swagat, después se les hace entrega de un *gamcha* (una tela de algodón que es utilizada para cubrirse el cuerpo o como turbante).

Si el festival se organiza en el propio *akhara* éste será un momento apropiado para limpiarlo y pintarlo, revisar las herramientas de trabajo -gadas y joris- las estatuas de las divinidades allí representadas -Rama, Hanuman- etcétera.



Competición de Kushti en Benarés

Dejé el *Hanuman Vayamsala Akhara*, de Benarés y me dispuse de nuevo a remontar el río. Atrás quedaba la imagen única de aquellos luchadores entregados a la disciplina espartana del *kushti* soñando cómo repetir algún día la grandeza de sus maestros.

Los volví a ver, día sí y día también, subiendo y bajando las escalinatas del *ghat* en dirección al río, con frío o calor, cuando la niebla fina se hacía con el ambiente o más tarde, cuando el calor sofocante desplomaba toda su fuerza contra ellos y mantenían, con estoicismo, el porte digno de su estirpe guerrera.

Deambulando por Vanarasi me encontré con otra forma de arte marcial: el *Banethi*.

La familia Akahda, era la cuarta generación de maestros que enseñaba su arte en Varanasi. Su primogénito, y líder de la escuela, visitaba diariamente el templo de *Hanuman*, situado muy cerca de su *akhara*, para ofrecer su trabajo a la divinidad protectora. Una vez cumplida con esta tradición, se entregaba con pasión a la enseñanza del Arte Marcial que representaba su familia. Aquel joven *gurú* aprendió el arte del *Banethi* de su padre, quien a su vez lo heredó del suyo. Como es frecuente en las familias indias, todos los miembros vivían en comunidad, compartiendo el hogar y apoyándose unos a otros en su destino común, pues las familias son interdependientes, como lo son aquellos bienes que comportan el

conocimiento y la enseñanza de las Artes Marciales: espadas, escudos, lanzas o la propia *akhara*. Todo ello conforma un patrimonio material y espiritual que se transmite y hereda de una generación a otra.



Banethi en Varanasi

Al igual que sucede en las Artes Marciales del sur indio, el *curriculum* técnico del *Banethi*, incluye numerosas *paittera* (ejercicios formales) y diferentes armas, tales como: *talwar* (espada) o *banethi* (bastón).

Cuando aquella mañana de Agosto abandoné Benarés -*la Santa*- rumbo a Calcutta volví por última vez la mirada hacia el Ganges. Una luces lejanas daban cuenta de las cremaciones en Manikarnika *ghat* y un silencio, casi sepulcral, provenía de la otra orilla, aquella orilla olvidada en la que vivieron anacoretas, hippies y renunciantes, aquella por la que el sol saldría y llenaría de una luz increíble toda aquella atmósfera gris de la mañana. Despojándome de la nostalgia pero abrazado a una necesidad, casi imperiosa, de respirar nuevos aires dije adiós a Uttar Pradesh y puse rumbo a Calcutta, en la costa de Bengala.